

FERRÁN Y FORNIÉS, AUGUSTO (1835-1880)

CANTARES DEL PUEBLO

I

Yo tengo una lima sorda,
que me lima el corazón:
suspirando me anochece,
llorando me sale el sol.

II

Yo conocí un castillito
más alto que las estrellas;
luego le he visto caer
hasta el rape de la tierra.

III

Te tengo comparadita
con las piedras de la calle,
que las pisa todo el mundo
y no se quejan de nadie.

IV

A ninguna en este mundo
he querido más que a ti;
el que tú no lo conozcas
ese es mi mayor sentir.

V

Mientras más caricias me haces
más en confusión me pones,
porque tus caricias son
vísperas de tus traiciones.

VI

Todo lo vence el querer,
todo lo alcanza el dinero,
todo acaba con la muerte,
todo llega con el tiempo.

VII

Corre, ve y dile a tu madre
que no hable mal de mí,
que pérdidas y ganancias
todas caerán sobre ti.

VIII

Si en la calle me encontrases
y no te pudiera hablar,
háblale a mi sombra, que ella
por mí te contestará.

IX

Causa de mi perdición,
quiero apartarme de ti:
la mujer que quiere a dos
no puede tener buen fin.

X

Hice yo un hoyo en la tierra
y enterré mis pensamientos;
por no descubrirme a nadie
tormentos le di a mi cuerpo.

XI

Yo tengo comparadita
la mujer con el caballo,
si no tiene buen jinete
no se la quita el resabio.

XII

Se encontraron y se hablaron,
y dijo el tiempo al querer:
esa soberbia que tienes
yo te la castigaré.

XIII

Vengo yo a verte y me dicen
que he perdido la vergüenza;
no considera ninguno
la pasión que a mí me ciega.

XIV

Los mocitos de mi barrio
dicen que no soy valiente;
contéstales tú, morena,

que me he atrevido a quererte.

XV

Yo me he puesto en oración
por ver si Dios me revela
si este querer tuyo y mío
es fingido o es de veras.

XVI

Aquel que tiene dinero
todo el mundo le quería,
y en llegándole a faltar
no le dan los buenos días.

XVII

Caballo que se desboca
dime, ¿qué remedio tiene?
El tirarle de las riendas,
que él se parará si quiere.

XVIII

Siempre me echabas achaques
para no salirme a hablar;
lo que es tiempo, te sobraba;
te faltaba voluntad.

XIX

Mi cama son duras piedras,
mi cabecera un ladrillo,
y a las paredes me agarro
creyendo que estoy contigo.

XX

En el querer no hay venganza,
y te has venerado de mí;
si no hay castigo en la tierra
del cielo te ha de venir.

XXI

Cuando esté en la sepultura
y de gusanos roído,
mis huesos tendrán letreros
diciendo que te he querido.

XXII

Cualesquiera que me viera

dirá que no tengo pena,
y tengo mi corazón
como una bayeta negra.

XXIII

Rómpase el velo que cubre
el celeste firmamento,
para que aprendan los hombres
de los ángeles del cielo.

XXIV

Yo pensé que un querer bien
ya se podría olvidar,
y es callejón tan estrecho
que el que entra no sale más.

XXV

Yo no sé lo que le ha dado
esta serrana a mi cuerpo,
que hago por olvidarla
y en viéndola me arrepiento.

XXVI

Yo que me vi publicado
y encima con tantas penas,
he tomado la venganza
contra mi persona misma.

XXVII

Me siento sobre mi cama
y repaso mi memoria;
yo hablo con las paredes,
y no hallo quien me responda.

XXVIII

Tierra, ¿cómo no te abres
y te sales de tu centro,
y tragas a esta mujer
de tan malos pensamientos?

XXIX

Si un Divé(1) me diera el mando
como se lo dio a la muerte,
yo quitaría del mundo
a quien me estorba quererte.

XXX

De lo que yo hago contigo
no se puede espantar nadie,
porque me hago los cargos
que eres carne de mis carnes.

XXXI

Más bien consiento en morirme
que no en publicar mis penas,
porque brocales de fuego
salen del alma y me quemán.

XXXII

Yo me arrimé a un pino verde
por ver si me consolaba;
y el pino, como era verde,
de verme llorar, lloraba.

XXXIII

Cuando hables de mi persona
no digas que me has querido,
di que fue un capricho sólo
que los dos hemos tenido.

XXXIV

Porque te vi desde lejos
por eso te quiero tanto;
haces bien en no acercarte,
de cerca pierde lo falso.

XXXV

Paloma que vas volando
y en el pico llevas hilo,
dámelo para coser
tu corazón con el mío.

XXXVI

Ya se me quitó la venda
que tan ciego me tenía,
y he llegado a conocer
que vendado más veía.

XXXVII

Desgraciado el arbolito
que solo en el campo nace:
todas las aves del mundo

contra sus ramas combaten.

XXXVIII

Yo pensé que era yo solo
serrana, a quien tú querías,
y te diviertes con otro
todas las horas del día.

XXXIX

Una niña me engañó
y me llevó junto a un trigo.
¡Cuándo volverá la niña
a gastar bromas conmigo!

XL

Me quisistes y te quise;
me olvidaste y te olvidé;
los dos tuvimos la culpa,
tú primero y yo después.

XLI

Pierde pan y pierde perro
quien da pan a perro ajeno;
yo no te quiero dar nada
por no perder más que el perro.

XLII

Anoche ensoñé un ensueño
que yo tengo por verdad:
en estando un hombre ausente
otro ocupa su lugar.

XLIII

El diablo, por su avaricia,
se condenó y fue al infierno,
y a ti, por avariciosa,
te va a suceder lo mismo.

XLIV

Una me dijo que sí,
otra me dijo que no:
la del sí, quería ella;
la del no, quería yo.

XLV

Arbolillo, te secaste

teniendo el agua en el pie,
en el tronco la firmeza
Y en la ramita el querer.

XLVI

Agua menudita llueve
y ya corren las canales;
ábreme la puerta, cielo,
que soy aquel que tú sabes.

XLVII

Hace ya muy largos años
que te hablo y no me comprendes;
no te echo la culpa a ti,
sino es a mi mala suerte.

XLVIII

Yo creí que con el tiempo
mis penas se acabarían,
y se me van aumentando
como las horas del día.

XLIX

Esta sí que es calle angosta,
calle de temor y miedo;
quiero entrar y no me dejan,
quiero salir y no puedo.

L

Hermanita de mi vida,
qué quieres que yo te cuente,
si el quitarme de tu vera
es quitarme a mí la muerte.

LI

Yo no sé lo que he de hacerme
atento de tu querer,
si lo deje por la mano
o si me pierda por él.

LII

Anda diciendo tu madre
que yo tengo mala lengua;
lo que yo he hecho contigo
no lo sabe ni la tierra.

LIII

Yo no sé lo que me has dado
que me has quitado el sentido:
me he puesto ya muchas veces
a olvidarte y no he podido.

LIV

Yo le respondí al verdugo
con palabras muy sensibles:
quítame pronto la vida,
que olvidarla es imposible.

LV

A un oscuro calabozo
me traían la comida;
más lágrimas derramaba
que bocaditos comía.

LVI

Yo sembré en un peñascal
creyendo que era en un llano;
me salió la tierra mala
y fue preciso segarlo.

LVII

Mi querer y tu querer
son dos queres en uno;
y siempre estamos riñendo
por si es mío o por si es tuyo.

LVIII

En libertad, me querías,
y ahora, preso, me aborreces:
desgraciado aquel que cae
en las manos de los jueces.

LIX

Por causa de esa serrana
mi cuerpo se echó a perder:
el que siembra en mala tierra,
¿qué es lo que espera coger?

LX

El carrito de los muertos
ha pasado por aquí:
llevaba la mano fuera,

por eso la conocí.

LXI

Me fui a misa a la Victoria,
me encomendé a la Humildad,
que estas fatigas me alivie
que no las puedo aguantar.

LXII

Flamenca, te lo he pedido
por la salud de tu madre,
que no pases por mi puerta,
que se redoblan mis males.

LXIII

Compañerito del alma
en el cementerio entré,
y levantando la losa
me encontré con tu querer.

LXIV

Al pasar por una calle
vi yo un acompañamiento:
¡pobrecillo de mi alma
cómo llevará su cuerpo!

LXV

Ya no quiero querer más
quiero seguir tu opinión;
que un querer con mucho extremo
es causa de perdición.

LXVI

No digas, donde te pongas,
que agua tienes de bautismo;
te escupirán a la cara
por lo que has hecho conmigo.

LXVII

Veinticinco calabozos
tiene la cárcel de Utrera;
veinticuatro llevo andados
y el más oscuro me queda.

LXVIII

Ábrase la sepultura,

que me quiero meter dentro;
que un hombre de mis hechuras
se compara con los muertos.

LXIX

Ven acá, mujer del mundo,
conviértete a la razón;
ningún hombre puede ser
tan cabal como el reló.

LXX

La víbora ponzoñosa
en medio de su bravío,
venga y coma de mis carnes
si yo te quiero fingido.

LXXI

Cuando dos quieren a una
y los dos están presentes,
el uno cierra los ojos
y el otro aprieta los dientes.

LXXII

A aquel que tiene la culpa
de que penas pase yo,
a pedazos se le caigan
las alas del corazón.

LXXIII

Dondequiera que te pongas
me tendrás que venerar,
porque yo he sido, queriendo,
la piedra fundamental.

LXXIV

En medio de mi fatiga
por querer, quise dormirme,
que el que vive como yo
cuando duerme es cuando vive.

LXXV

¿Qué importa que no te vea
si ya tengo un gran alivio?
Yo tengo mi corazón
todas las horas contigo.

LXXVI

Cuanto más hables más pierdes,
y a ti te obliga el callar;
que el hierro que yo te he echado
a la cara te saldrá.

LXXVII

En la raíz del querer
nació mi madre gitana,
y yo, como soy su hijo,
vengo de la misma rama.

LXXVIII

Hablas muy mal de lo bueno
y Dios te ha de castigar;
cuando de lo bueno hablas,
de lo malo ¿qué será?

LXXIX

Tus ojos son dos ladrones
que a un tiempo roban y matan,
la sepultura es tu pecho
y la salvación tu alma.

LXXX

Tengo mi cuerpo metido
en confusiones muy grandes,
que en un camino me encuentro
con dos veredas iguales.

Con dos veredas iguales,
y me paro en la mejor;
si tomo la que no quiero
ha de ser mi perdición.

Ha de ser mi perdición,
pero la cuenta me hago,
que me pierdo por mi gusto
y a nadie le causo daño.

LXXXI

No me espanta que al dormir
te hable con el deseo;
son mis fatigas tan grandes
que estoy durmiendo y te veo.

Que estoy durmiendo y te veo
que estás a la vera mía,
y me despierto llorando
que me ahogan las fatigas.

LXXXII

Anda y pregúntale a un sabio
cuál de los dos pierde más,
el que come de sus carnes
o el que publica su mal.

El que publica su mal
por el pronto siente alivio,
y el que come de sus carnes
se da tormento a sí mismo.

LXXXIII

Por si acaso yo no muero
y me quieres encontrar,
vete a la iglesia mayor
y comiéndame a llamar.

Y comiéndame a llamar
que yo te responderé,
porque pediré licencia
al poderoso Divé.

El poderoso Divé
la licencia me dará,
por lo bien que te he querido
hasta el juicio final.

Hasta el juicio final
fatigas tendré por verte,
y ahora que más te quiero
de mí se acuerda la muerte.

De mí se acuerda la muerte,
cosa que no debe ser,
que me aparten de tu vera
y me quiten tu querer.

LXXXIV

En el querer no hay saber,
lo tengo experimentado;
de lo que siempre he huido

un Divé me ha castigado.

Si un Divé me ha castigado
una fue y dos no será,
que ya me he mirado en mí
y veo lo que el querer da.

Si esto es lo que el querer da,
yo no quiero más querer;
que tú me dieras mal pago
a mí se me emplea bien.

A mí se me emplea bien,
pero un consuelo tenía,
que si dejas mi querer
sabrás lo que son fatigas.

Sabrás lo que son fatigas,
y un Divé me ha de otorgar
que con los brazos abiertos
me has de venir a buscar.